

## TLAHUIZCALLI

Para los que lo recuerdan merodeando por la 56Th Street en lo que hoy es la parte central de la gran ciudad de Long Beach sin duda lo más inolvidable eran sus ojos. “Profundos y miel miraban dentro de uno”, dicen los viejos pobladores que aún no se han movido con los vientos de cambio rumbo a otros estados. Sus padres, cabellos tiesos y negros, indianos, poco tenían que ver con los rizos rojos y sedosos del niño. Tlahuizcalli le llamaron, “casa del amanecer”, averigüé años después que significaba, simbólico, el nombre en la lengua náhuatl de los aztecas. Los detalles de su nacimiento aún son un enigma, lo único que queda claro, yo fui, al ser huésped obligado por un par de meses, el único testigo ocular de lo que pasaba adentro de esa casa que hoy ya no existe. La conjunción de males, falta de empleo, un atropellamiento torpe que sufrí por parte de su padre con la consiguiente extorsión de que me mantuviera mientras me recuperara o llamaría a la policía, me hicieron ser partícipe de unos hechos que han cambiado mi vida. El niño, que por ese entonces contaría con diez y siete meses, además de una simpatía sin par, era un observador avezado del medio ambiente. Recuerdo que una madrugada lo sorprendí hablando con un gato callejero. Hablando sí, él con sus gorjeos le decía algo que el gato contestaba con suaves maullidos. Por más de cinco minutos mantuvieron esa extraña comunicación hasta que el gato, siguiendo una indicación, se trepó en un árbol perdiéndose en la aún negra noche. Pensando en que eso había sido una absurda coincidencia o un paroxismo mío, lo dejé pasar. Días después, parodiando lo visto en una caricatura, juguetonamente fui perseguido por toda la casa por su camión de plástico multicolor. Tlahui estaba sentado en su silla de bebé y se reía conmigo y de mí. Acostumbrado al inglés y al español, los dos idiomas que se hablaban en casa, en mi lengua materna, que es el romanés, raíz gitana y trashumante del sanscrito, un día le pedí que cerrara la puerta. “Pandau dar”, le dije suavemente. Seguro al cien por ciento de que nadie hablaba esa lengua en por lo menos 30 millas a la redonda me quedé sembrado en el sillón al verlo caminar como un osito, estaba descalzo y en pañal, y cerrar la puerta. “¿Quién eres tú?”, le pregunté y él largamente me respondió en un machaqueo de bebé que deduje, entresacando palabras del gorjeo, era en mi lengua. Esa vez, la primera de una serie de veces, yo fui el que le fallé quedándome callado. Intrigado y a escondidas de sus padres en un teclado portátil reproduce una canción que a él le gustaba. Dos, tres veces la escuchó con esa paciencia y concentración con que hacía las cosas y luego se despreocupó y continuó persiguiendo su pelota de goma por la casa. Sabiendo, en ese momento intuyendo, sus alcances, dejé al descuido el teclado encendido y en un lugar accesible. Sin mucha sorpresa el mediodía lo alegró repitiendo nota por nota la canción e incluso le hizo unas mejoras a la melodía original. Con el dibujo me pasó algo asombroso. Primero con unas crayolas no obtuve otro resultado que una pared pintarrajeada y una amonestación de los anfitriones por mi descuido. El segundo intento fue con tinta y un pincel sin otro resultado que un desastre que después de mucho restregar limpió el agua y el jabón. El tercero fue el preciso. En un bloc grande de papel periódico y con unos lápices de los comunes y corrientes, primero a trazos desiguales de niño y después de un rato y de su habitual concentración cuando algo le interesaba, dibujó nítidamente un paisaje profundo y melancólico. No puedo llamar de otra forma ese anochecer lejano y desconocido alumbrado por la tímida reflexión de la luna de los cuatro rumbos, después supe que así se

llamaba esa luna misteriosa. Empujado por mí, en otras hojas dibujó paisajes similares vistos desde diferentes puntos de mira, pero siempre con una tenue invocación a otros mundos, ciudades de metal y cielos de colores adornados con un sol enorme y rojo eran los protagonistas de sus dibujos. Días después llevé esas hojas de paisaje lunar, eso era lo que se me figuraba que era, a casa de un prestigioso astrónomo que gracias a mi otrora trabajo de pintor de casas había conocido, y él, después de inquirir que de dónde y quién me había dado ese papel, a cambio de la promesa de ir a echarle un vistazo a la fachada de su hogar, me comunicó que esa era la luna de los cuatro rumbos y que era el satélite de un planeta diez veces más grande que Plutón del cinturón de Kupier, del que aún se sabía muy poco, por eso la extrañeza ante esos dibujos del que aún muy pocos tenían conocimiento. Ese planeta, según los antiguos mayas, iba a ser el protagonista de una de las siete profecías que anunciaban el final de estos tiempos. Con disimulo le pregunté qué tan cierto era eso, y él, displicente, me dijo que en las tierras altas de Guatemala y México están preparándose para recibir de regreso a Quetzalcóatl y a sus tres hermanos fundadores cuando explote la tierra. “¿Por qué tanta pregunta?”, me dijo, “¿sabes algo que yo deba saber?”, y yo le respondí que no. Materialista de tiempo completo en mi estructura no tenían cabida los sueños ni las conjeturas, así que dándole borrón a los prejuicios me propuse objetivamente escudriñar lo que había tras Tlahuizcalli. La sorpresa la recibí al regresar a la casa y encontrar tan solo al padre del niño que, sin mucho aspaviento, se disculpó por las molestias que me daba y, aunado a un sobre con mil dólares, me habló de un trabajo nuevo que había encontrado en Lampoc, “menos renta y menos bullicio”, así que en pocas palabras tenía dos días para largarme con mi música a otra parte. Sin tiempo apenas para poder observar al niño antes de que se lo llevaran, absurdamente le pregunté en la lengua de mis padres “de dónde vienes”, “¿catar avés?”, le pregunté, y él, con su torpeza de bebé que aún no se mantiene firme en pie, levantó su manita señalando hacia el cielo, lejos, muy lejos señalaban sus ojos que aún tengo grabados a fuego y piedra en mi mente señalando mas lejos de Plutón, allí donde el cinturón de Kupier y su planeta estrella titila al amparo de la luna de los cuatro rumbos.